

Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica

M.^a Ángeles Durán

Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, 1996.

Desde hace unos veinte años, los *women's studies* han ido tomando carta de naturaleza en el mundo académico de las ciencias sociales, hasta convertirse en un tópico inexcusable en revistas de libros, congresos y reuniones científicas y currícula universitarios. Era casi obligado, pues, que el Centro de Investigaciones Sociológicas adoptase la iniciativa de patrocinar un volumen en el que una amplia representación de docentes universitarios españoles se enfrentara con lo que muy adecuadamente se denominó el pasado siglo *la cuestión femenina*.

Digo adecuadamente porque las ciencias sociales, desde su origen, han encontrado en *lo femenino* una piedra de toque, un obstáculo, un problema, que acababa por poner en tela de juicio lo que, en principio, se presentaban como teorías, tesis o leyes de valor universal. El mundo de las mujeres, su cultura, su modo de vida, sus relaciones con los otros y con las instituciones, escapaban al análisis, dejando siempre una brecha por la que se introducían incómodas contradicciones. Por eso, y como señala acertadamente M.^a Ángeles Durán en su primera contribución al volumen, *Mujeres y hombres en el futuro de la ciencia*, «los estudios de las mujeres están produciendo actualmente una aportación importante a la sociología de la ciencia, aunque reflejen algunos de los problemas que han motivado las críticas de relativismo que se hacen a Kuhn y a sus seguidores» (p. 4). En otras palabras, revisar la obra de los clásicos de la sociología sobre las mujeres es una buena forma de aproximarse a la sociología de la sociología y, seguramente, el mayor valor de la obra que ahora se presenta.

Es excelente, desde este punto de vista, el artículo de Ramón Ramos sobre Emile Durkheim y el suicidio de las mujeres: la única solución que encuentra el

patriarca, más que padre, de la sociología francesa, al comportamiento aparentemente anómalo de éstas, es reducir lo femenino al ámbito de lo pre-social: «de este modo, se podría concluir, la sociología patriarcal de Durkheim se convierte en un hecho sociológico, una muestra de un mundo social de vida, un decir de ese mundo; lo que dice sobre los hechos resulta ser un hecho que hay que interpretar» (p. 72).

Jesús de Miguel ilustra también esta limitación de la sociología clásica al exponer las ideas de Simmel sobre la condición femenina. Como Durkheim, el autor alemán ha de romper los límites de la sociología cuando se refiere a lo femenino: la subcultura de las mujeres está constituida por elementos instintivos, que configuran una psicología peculiar.

Esta perspectiva permite asimismo un abordaje muy claro de la obra de Marx. Como señala Mariano Fernández Enguita, «en pocos campos se han puesto tan radicalmente a prueba las capacidades o se han expuesto de forma tan despiadada las limitaciones del marxismo como en el de las relaciones de género». El desinterés de Marx por la cuestión femenina es evidente, pero no responde tanto a la debilidad de sus análisis, que a la larga han proporcionado no pocos elementos valiosos a la teoría feminista, como al ambiente socio-cultural en que transcurrió su vida y se produjo su obra.

Es interesante constatar, en apoyo de esta tesis, que los sociólogos de la época que dedicaron especial atención a la situación de las mujeres, y lo hicieron de forma coherente con el resto de su obra, tuvieron escasa aceptación académica, como es el caso de le Play y Veblen.

Juan José Castillo consigue transmitir en su artículo la frescura de la obra del autor norteamericano, cuya aportación a la sociología está lejos de ser reconocida aún hoy. En palabras de Castillo, Veblen «muestra una ejemplar insistencia en el moldeamiento social de la conducta del ser humano... señala con firmeza el carácter histórico del inveterado dominio del hombre sobre la mujer..., aporta claves para entender la paradójica aceptación por la mujer del dominate, y para ella adverso, pensamiento masculino... y, aún más, sitúa en primer plano entre los factores configuradores de la evolución humana, la relación dialéctica, como dos términos contrapuestos, de la pareja humana» (p. 166). En definitiva, un catálogo de afirmaciones que incitan a cualquier persona interesada en la sociología de las relaciones de género a una relectura detenida de la *Teoría de la clase ociosa*.

La obra de Frédéric le Play, que repasa Julio Iglesias de Ussel, pone de manifiesto la estrecha relación que existe, en los inicios de la sociología y hoy por hoy, entre la ideología conservadora y la defensa de los valores del mundo doméstico. Dentro del sistema conceptual que las ciencias sociales heredaron de la Ilustración, y de la forma de vida que ha impuesto

el desarrollo de la economía liberal, no existe conciliación posible entre emancipación de las mujeres y defensa de una condición diferente. Y, a la inversa: como muestran los artículos de Inés Alberdi sobre Parsons y de Valentina Fernández Vargas sobre el pensamiento católico social, la idealización de la división sexual del trabajo, de la complementariedad entre mujeres y varones, deriva necesariamente en una justificación de la limitación de las opciones vitales de aquéllas.

De ahí la fascinación que la obra de John Stuart Mill ha ejercido siempre sobre una corriente del movimiento feminista, que refleja muy bien el exhaustivo análisis que Neus Campillo hace de ella. Las definiciones de libertad e igualdad que emanan del cartesianismo y el utilitarismo de Hume se adaptan muy bien a los anhelos políticos de las sufragistas. El problema es que ponen entre paréntesis demasiados aspectos materiales de la desigualdad y, en particular, las derivadas de la producción y la reproducción.

Enrique Gil Calvo, en una breve nota, hace precisamente referencia a este problema. Lástima que los avatares editoriales por los que, al parecer, ha atravesado el libro no haya permitido que ni él, ni el profesor Jiménez Blanco, hayan podido ampliar y complementar sus concisas aportaciones.

El pensamiento clásico se mueve, pues, en esta triple limitación: o considera a las mujeres como anomalías de lo social (Marx, Durkheim, Simmel) o reduce lo social a lo meramente normativo (John Stuart Mill, Weber) o las define como personajes propios de estadios arcaicos del desarrollo humano (le Play, Veblen).

Como pone de manifiesto el emocionante texto de José M.^a González García sobre Max Weber, la con-

cepción de la civilización occidental como el progreso creciente de la racionalización implica una adhesión inquebrantable a la causa del feminismo, pero obliga a la vez a tremendos sacrificios personales, y al rechazo, una vez más, de los *bajos instintos naturales*. La oposición naturaleza-sociedad resurge, terca, en cuanto se trata de relaciones de género.

En el artículo de José E. Rodríguez Ibáñez se constata cómo la escuela de Frankfurt, en su pretensión de integrar la crítica marxista de la economía política del capitalismo, la crítica weberiana a la racionalidad burocrática y la proyección sociológica de la obra de Freud, intenta romper este *impasse*. No en vano la obra de Marcuse está en el origen del feminismo norteamericano de los 70, y la de Habermas ha suscitado interesantes polémicas en el seno de la teoría de las relaciones de género. Soledad Murillo, en su sugerente artículo sobre la crisis del sujeto, se refiere a ellas. Sin embargo, es preciso reconocer que, aunque el trabajo de las/los especialistas en la sociología de las relaciones de género aporta muchos elementos de crítica de la teoría clásica, no parece capaz de dar pasos decisivos para superar sus límites epistemológicos: la exploración profunda y sistemática de la naturaleza social de la naturaleza y de la relación entre las bases teóricas del ejercicio del poder y los modos de sujeción individual y colectiva.

Pero, como éstos son problemas nucleares de las ciencias sociales —y, probablemente, de la especie humana— no cabe duda de que la obra comentada cumple una importante función, al mostrar inequívocamente el carácter estratégico de los estudios de género en la teoría sociológica de nuestros días.

M.^a Jesús Miranda

